



Música

Misión cumplida

POR Teobaldos

EUSKADIKO ORKESTRA

Yulianna Avdeeva, piano. Robert Treviño, dirección. Obras de Wagner, Chopin y Shostakovich. Ciclo de la orquesta. Baluarte. 5 de junio de 2023. Lleno.

La temporada de la Euskadiko Orkestra que cierra el concierto que nos ocupa, se planteó un reto bastante espectacular: el más alto y formidable sifonismo romántico (5ª de Beethoven, 4ª de Tchaikovsky, 8ª de Bruckner, 5ª de Mahler), y postromántico, con los siempre bien recibidos rusos, (Mussorgsky, Shostakovich,

Rachmaninoff, Prokofiev). Una elevada meseta en la que uno sentía cierto vértigo al enfrentarse, concierto a concierto, con tal programación, sin la reticencia a cierta decepción. Pero lo cierto es que la orquesta vasca se crece ante las majestuosas orquestaciones. Con la garantía de Treviño. Y con directores invitados muy solventes.

El último concierto ha seguido la pauta, combinando, además, las densidades orquestales de Wagner y Shostakovich, con el más delicado de los románticos, Chopin. Treviño abre la sesión con la obertura de Los Maestros Cantores; un Wagner rotundo y denso, y sin postiza grandilocuencia, dejándolo sonar y fluir en su propia sonoridad, no diré recogida, porque Wagner en sus oberturas es expansivo, pero sin invasión de metales: sonando redondos, empastados con el resto.

El concierto 2 para piano de Chopin fue (es) una exquisitez en las manos de Yulianna Avdeeva, y en la conjunción director-solista-orquesta. Sobre todo en el segundo y tercer tiempo. Introducción sonora pero comedida de la orquesta sola. Excelente matiz en pianísimo de la cuerda preparando la entrada de

la pianista, que acoge la misma atmósfera. Estamos ante la melodía soberana que lo impregna todo. Una música siempre delicada, pero también con tramos de bravura. Chopin es polaco por encima de todo, y a la humillación de la invasión rusa, y a la nostalgia debe lo bravo y lo tierno de su genio. Quizás el primer movimiento me hubiera gustado un poco más agresivo. El segundo tuvo un vuelo magnífico: la orquesta asienta al piano en una cama de fondo sonoro que hace aun más hermoso el sonido del instrumento. La pianista se gusta, y no teme llegar a una dulzura delicadamente íntima. Brendel (edito. Acantilado), habla del miedo que hay entre algunos intérpretes de dejarse llevar, y expresar, por lo más íntimo. En el tercero, esa elevación se hace más gozosa con el cascabeleo de las ornamentaciones pianísticas. Las trompas preparan ese final de dobles trinos, que, a nosotros, casi nos suenan con aires de jota. Magnífica Julianna. De propina una mazurca. Bien. Pero ya estaba todo dicho. La última sinfonía de Shostakovich se escucha poco, por lo que se agradece su programación. Es una sinfonía un poco rara, parece

que el compositor ruso, a esas alturas finales de su vida, estuviera buscando tímbricas nuevas. No le falta sentido del humor, como a Rossini, a quien cita, pero, a diferencia de Rossini, Shostakovich guarda para sí algunas de sus bromas, con la política no se juega; por eso no acabamos de entender bien esta sinfonía y no sabemos por qué insiste en la obertura del Guillermo Tell. Seguramente le ocurrió como a todos, que una melodía se nos mete en la cabeza y la tenemos que tararear, aunque no queramos. Treviño y su orquesta, lo sirven todo con claridad, y ese discurrir de solistas hace de su audición, de entrada, un entretenimiento. Chelo, violín, trombón, tuba, celesta, contrabajo, vibráfono, abundante percusión, fagotes... parecen despuntar sin rumbo, y, sin embargo todo llega a fortísimos violentos y a radicales disminuendos, muy del compositor. Sin olvidar la frondosidad del adagio, con el tema wagneriano de fondo, y que nos lleva a un final inédito que se diluye. No es una sinfonía tan expansiva como otras, pero Treviño sabe sacárselo todo. Y nos mantuvo en vilo. Hasta la próxima temporada. ●

